

en nuestros alumnos y en el público. Nuestra sensación es como si todos los lunes viviéramos un nuevo estreno.

Como si todos los lunes al «levantarse el telón de nuestro living» nos introdujéramos, como ha dicho el señor Kive Staiff «...en el territorio de la magia y la felicidad...»

Con Internet no alcanza.

María del Carmen Elizalde

La interacción de los seres humanos con las computadoras ha sido un tema de preocupación para los pioneros en el desarrollo de las nuevas tecnologías desde hace cuarenta años aproximadamente.

J.C.R. Licklinder (1915-1993), profesor de psicología de la comunicación del Instituto Tecnológico de Massachussets y funcionario de un área de proyectos de avanzada dependiente del Departamento de Defensa del Gobierno de Estados Unidos, fue uno de los integrantes del grupo interdisciplinario que en 1961 realizó un estudio para llegar a conclusiones vinculadas al rol que desempeñarían las computadoras en el futuro.

Para Licklinder era importante señalar que se produce un proceso dinámico cuando se da la interacción entre el ser humano y el registro del conocimiento, por el cual se hacen necesarias las revisiones y comparaciones de muchas cosas. Si pensamos en la idea de biblioteca con miles de estante y millones de libros, esta tarea presenta ciertas dificultades de operabilidad. A partir de este análisis se veía la necesidad de sustituir al libro objeto por otras formas de almacenar información que permitiera una rápida transmisión a partir de procesos de organización que facilitaran el acceso a voluntad según la necesidad de las personas.

Consideraba además, que el abordaje al conocimiento y el proceso de aprendizaje se verían favorecidos si el usuario de la nueva tecnología interactuaba leyendo, relacionando e interpretando sin tener que involucrarse en el desarrollo del proceso que posibilitaba la realización de toda la búsqueda y la transformación de la información.

En 1963 comenzó a perfilarse un sistema operativo aplicable en computadoras que permitirían que cualquier usuario en cualquier parte del mundo y a cualquier hora pudiera conectarse y acceder a toda la información disponible en ese sistema. Fueron las bases de lo que conocemos hoy como Internet. «...Internet está físicamente constituida por miles de computadoras conectadas entre si mediante procedimientos de transmisión de paquetes de datos, los cuales se transfieren entre una y otra computadora gracias a reglas globales de direccionamiento, sin la existencia de una computadora principal de conmutación. Internet no posee una autoridad central y las recomendaciones y normas son emitidas por los organismos IETF, Internet Engeneering Task Force e IAB, Internet Architecture Board. En nuestro país se halla constituido el Capítulo Argentino de Internet Society, entidad que coordina actividades locales de la Red.»¹

Los avances tecnológicos y la transferencia de conocimientos a las máquinas producen cambios abrumadores tanto por su magnitud como por su velocidad. Y uno termina preguntándose si la falta de control, la fragmentación y la descontextualización de la información no se convierten en enemigos de

la cultura y de los conocimientos duramente adquiridos a través de los siglos.

Sin duda, el volumen de datos de que dispone este nuevo medio, y la posibilidad de estar conectado con cualquier parte del globo generan cierto encantamiento y estado de aislamiento difícil de evitar. Para muchos que poseen una computadora todo es información, alterando así su manera de percibir el mundo. Los valores cambian y parece ser que lo importante es cuánta información uno maneja, sin tener muy claro cuál es el uso que se le debe dar.

Las comunicaciones tienen hoy para las personas, las empresas y los gobiernos una importancia creciente. De una u otra manera, buena parte de nuestra actividad cotidiana requiere de los servicios que ofrecen las nuevas tecnologías. En nuestra labor como docentes recurrimos cada vez con mayor frecuencia a la «asistencia» de la computadora y sus interconexiones.

Aparentemente recibimos información personalizada e interactuamos con el medio a través de un menú electrónico que incluye teléfono, televisión, computadora, transformando todos nuestros procesos productivos. Sin embargo, cuando observo trabajos prácticos de mis alumnos o cuando ingreso a mi servidor, asisto a un espectáculo que pone el acento en la despersonalización y la uniformidad. La producción de los estudiantes se ve empobrecida por una dependencia manifiesta a determinados buscadores y por bajos niveles de compromiso en la utilización de una nueva herramienta y en la elaboración de contenidos propios.

Se hace necesario mantenernos alertas para percibir alteraciones y modificaciones que se producen y que pueden desvirtuar conocimientos de las fuentes originales. Esto no tiene que ver con una posición detractora, sino con la aceptación de una nueva forma de comunicación y de acceso a la información que exigen un cambio en nuestro rol docente.

¿Estaremos frente a la despersonalización del sujeto que aprende, o sólo frente a un momento de transición?

¿Deberemos elaborar programas y currículos que refuercen o propicien actitudes constructoras de un individuo reflexivo, capaz de seleccionar sus propias estrategias de aprendizaje en función de sus propios objetivos?

Quizás, para que se de ese proceso dinámico que planteaba Licklinder, conocido por quienes manejan diferentes teorías del aprendizaje, no debemos limitarnos sólo a transmitir conocimientos pertinentes a nuestra asignatura, sino a enseñarles también métodos que les permitan saber cómo utilizar un instrumento tan vasto como Internet para lograr producciones acordes a un estudiante universitario cada vez más autónomo.

Quienes concibieron y desarrollaron estas nuevas formas de comunicación lo hicieron con el objeto de construir una herramienta lo suficientemente sofisticada que acercara la mayor cantidad de conocimiento posible en un corto tiempo y que no interfiriera, sino que colaborara con mayores niveles de investigación, producción y pensamiento.

Es bueno recordar las reflexiones de Thomas Stearns Eliot, quien señalaba en sus textos que la suma de datos no construye por si sola información, que la mera «información» no es «conocimiento» y que el «conocimiento» no implica necesariamente sabiduría.